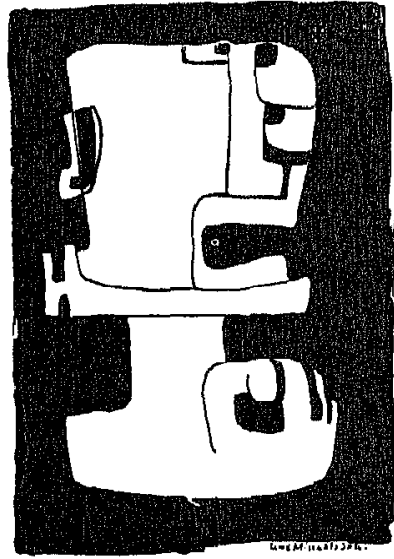


TEATRO



*No hay teatro de arte ni arte del teatro;
hay, sencillamente, teatro.*

JOSÉ BERGAMÍN

EL VIEJO

Cuento teatral

En el Sabinal, pueblo del interior, distante muchas leguas de la costa, tienen los hermanos Isidro y Matías Sosa una tienda en la que se vende de todo, comestibles, bebidas, telas, quincalla, granos... Los negocios no andan bien. En peor situación que su hermano está Matías, el cual, cargado de hijos y de deudas, vive en un pago cercano al pueblo.

En éste, en la plaza única y en la misma casa en que se halla la tienda, vive Isidro con su suegro el señor Alejo, su mujer Carmita y su hija Lola.

* * *

Habitación baja de la casa de Isidro. En el fondo un alto paredón, en el cual se abre a la derecha la ancha puerta que da a la plaza y a la izquierda una ventana.

A poca distancia de la puerta y en sentido perpendicular a la pared del fondo, se encuentra el mostrador, ancho y tosco, que divide la escena en dos partes desiguales; a la derecha, el espacio destinado al público que entra a comprar, y a la izquierda, otro espacio, convertido en almacén y atestado de fardos, cajas, toneles... En los rincones, montones de maíz, trigo, habas... A la izquierda, las habitaciones de la familia. En el primer piso viven Isidro, su mujer y su hija.

Hay en ese piso una galería exterior, de la que parte una escalera angosta, por la que se baja a la tienda. En una habitación del piso bajo duerme el señor Alejo.

* * *

Es el día del Patrono del pueblo, en pleno invierno. A las seis de la mañana es aún noche cerrada.

Las campanadas lentas del alba y, poco después, el golpear de los cascos de varias caballerías en el empedrado de la plaza.

Fuertes porrazos en la portada. Una voz ronca y enérgica grita desde afuera:

—¡Isidro!

(Los cristales de las ventanas que dan a la galería se iluminan. Una voz aguda de mujer grita:)

—¿Quién es?

MATÍAS.—¡Paz! ¿Eres tú, hermana Carmen?

CARMEN.—Ya voy, hermano Matías.

MATÍAS.—¿Qué hace Isidro?

CARMEN.—Ya va. Se está acabando de vestir.

MATÍAS.—¡Cuerno con el gandull! Bajen pronto a abrir, que hace un frío de todos los demonios.

CARMEN.—¡Volando, hermano Matías!

(Al cabo de un rato aparece en la galería Isidro, farol en mano. Grita desde arriba, mirando a la plaza por una ventana:)

¿Hermano Matías?

MATÍAS.—¡Presente!

ISIDRO.—¿Cómo te ha ido?

MATÍAS.—Ya te lo diré, hombre. Baja de una vez y abre esa condenada puerta.

(Isidro baja; quita los barrotes y cerrojos del portón).

ISIDRO.—¡Buenas y santas nos dé Dios, hermano Matías!

MATÍAS.—Buenas, hermano Isidro.

ISIDRO.—¿Qué tal te ha ido?

MATÍAS.—Regular.

ISIDRO.—¿A qué hora saliste de la ciudad?

MATÍAS.—Daban las Ánimas cuando las bestias empezaban a subir la cuesta de San Nicolás. El condenado maltés no pudo despacharme antes, porque la quincalla la tenía aún sobre el muelle.

ISIDRO.—¿Traes los percales, los mantones, la loza, los calderos?

MATÍAS.—De todo viene un poco. Empecemos por el encomienzo. (*Al arriero:*) Ea, señor Suárez, a descargar. Y abra mucho el ojo, no me rompa nada, si no quiere que yo le rompa a usted una pata. Encomience por la yegua. Tú, enciende de una vez la farola. Me da rabia de tropezar con tanto chisme, que no vale dos pesetas.

(*Isidro enciende la farola, que cuelga de una viga, encima del mostrador; el arriero entra y sale*).

MATÍAS.—Pues, como te iba diciendo, salimos de la ciudad a las ocho de la noche, y como ahora son las seis de la mañana, más o menos, resulta que me traigo en los huesos mis diez horas de caminata. Suerte que la noche estaba clarísima, con mucha estrella. Únicamente en el paso de La Plata tuvimos algo que sentir... Cuidado, señor Suárez, atienda: ese bulto en el rincón... Bien... Se presentó neblina, y como había llovido la tarde de antes, resbalaba el piso como si lo hubieran fregado con jabón. Por cierto que estuve a dos dedos de ir a tomar la mañana al otro barrio, como el otro que dice.

ISIDRO.—¡Jesús! ¿Cómo fue eso, hermano Matías?

MATÍAS.—Pues sí; en lo más amargo de la cuesta, resbaló la yegua que yo llevaba de cabestro, y por un milagro no fuimos a juntar nuestros huesos, los míos tan aperreados como los de ella, en el fondo del barranco.

ISIDRO.—¡Perra vida!

MATÍAS.—Y todo por cuatro cuartos, jinojo; por salir del apuro de hoy pa entrar en el de mañana. ¡Ay, hermano Isidro! Si tú me hubieras hecho caso, a estas horas estaríamos en Cuba o en Buenos Aires, apaleando los pesos, en vez de arrastrar esta miserable vida de ratones, entre sustos y amarguras.

ISIDRO.—Escucha... ¿Y el pagaré?

MATÍAS.—Por ese lado, menos mal. Tenemos ocho días por delante. No pude conseguir más del condenado Procurador. Si a los ocho días no le pagamos por lo menos dos años de intereses, vendrá la ejecución, el embargo.. La curia se comerá la tienda, y esta casa que fue de nuestros viejos.

ISIDRO.—¡Y nos dejarán en la calle, a pedir una limosna, hermano Matías!

MATÍAS.—No seas gallina, hermano Isidro. Aún nos quedan algunas cartas que jugar. Por lo pronto, el día de hoy es nuestro.

ISIDRO.—¡Hombre! ¿El día de hoy...?

MATÍAS.—El día de hoy es nuestro, este día de la fiesta del Señor San Sebastián, Patrono de la Villa del Sabinal. Verás cómo en la venta de hoy sacaremos para pagar los intereses y aún algo del principal al maldecido Carranza.

ISIDRO.—Eso estaría bien, si no fuera la competencia, como el otro que dice. Pero no cuentas con Santiago el Largo, con ese infernal jorobeta, que ayer tarde publicaba por todo el pueblo una rebaja del veinte por ciento sobre los artículos de quincalla, esos mismos que has traído de la ciudad, exponiendo tu pelleja.

MATÍAS.—¿El jorobeta? Dale memorias. Ese no abrirá su tienda en todo el día. Si quiere jeringarnos, tendrá que esperar a la feria del año que viene.

ISIDRO.—¿Qué me dice, hermano Matías?

MATÍAS.—Hermano Isidro: pongo en su conocimiento, que en la asomada de los Pájaros, allí donde la vereda hace una vuelta, ¿sabe?, casi a la vista de Aregayedá, en el tramo más angosto y más peinado —que da frío de mirar pa bajo—, hay ahora cerrando el paso, un peñasco más gordo y más pesado que la Catedral.

ISIDRO.—¡Jesús, hermano Matías!

MATÍAS.—Yo mismo lo puse allí, con estas manos como tenazas que heredé del viejo Matías Sosa. ¿Qué te habías figurado? Yo mismo lo arranqué de la ladera y lo arrastré volteando hasta el camino, arriesgando esta perra vida que no vale cuatro cuartos.

ISIDRO.—Resulta, pues...

MATÍAS.—Resulta que el paso de La Plata está cerrado. Los arrieros de Santiago el Largo tendrán que dar la vuelta grande por Verdejuelos. No llegarán al Sabinal antes de las dos de la tarde. Somos los dueños del mercado, como el otro que dice. Venderemos al precio que nos dé la gana. Hundiremos al jorobeta.

ISIDRO.—Y... ¿no habremos gravado nuestra conciencia, hermano Matías?

MATÍAS.—*(Ríe)*.

ISIDRO.—Acuérdate de lo que padre nos decía: ¡Antes que nada, muchachos, a portarse bien!

MATÍAS.—¡Portarse bien! Eso lo pudo decir el viejo, que tuvo siempre una suerte loca en sus compras y en su labranza; pero nosotros, pobres diablos, arruinados, sin una perra, en la última encavadura, ¿qué otro remedio nos queda sino robar como todo el mundo?

ISIDRO.—¡Qué cosas tienes, hermano Matías!

MATÍAS.—Sí, como todo el mundo. No me vuelvo atrás.

ISIDRO.—*(Tentado de risa, queriendo contenerla)*. Es gracioso, muy gracioso. Conque todos ladrones, ¿hi?

MATÍAS.—El robo, hermano Isidro, es tan natural como la respiración. Robamos sin sentirlo, sin darnos cuenta. La vida es un paseo con las manos metidas en los bolsillos de los demás.

ISIDRO.—Yo robo, tú robas, ¡¡hi, hi!!

MATÍAS.—Aquél roba. Todos robamos.

ISIDRO.—¡¡Hi, hi, hi!!

* * *

LOLA *(Bajando la escalera con la tacita de café para el abuelo)*.

No griten, no griten, que van a despertar a papá Alejo. Padre, écheme la bendición. Buenos y santos, tío Matías.

ISIDRO.—Dios te haga una santa.

MATÍAS.—¿Conque al señor Alejo le llevan el café a la cama?

LOLA.—También se lo llevarán a usted cuando tenga ochenta años como él.

MATÍAS.—Lo dudo. Primero, porque no llegaré a ellos, y segundo, porque, aunque llegare, me figuro que no habrá hijo ni nieto que me alcance una taza de sustancia.

LOLA.—No diga eso, tío Matías. Un padre es un padre.

MATÍAS.—(*Incomodado con el arriero*). ¡Señor Suárez, señor de la pachorra, guárdese ese pasito moderado para la procesión del Santísimo Corpus! ¡Vivo, vivo! Quiero abrir la tienda al golpe de las siete, desde que empiecen a repicar.

SUAREZ.—Don Matías, más no puedo hacer, créame. Me estoy cayendo de pura debilidad...; atíenteme las manos y verá que las tengo como el yelo...

MATÍAS.—Hable claro, señor mío. Necesita combustible, ¿verdad? A ver, Isidro, saca el ron; pero no el bautizado, no; el legítimo de Jamaica.

(*Beben. Grito agudísimo y ruido de loza que cae y se rompe en el cuarto del abuelo*).

ISIDRO.—¡Misericordia! ¿Qué es eso?

MATÍAS.—Condenada chiquilla, ¿qué te pasa?

CARMEN.—(*Bajando la escalera, como una loca*). ¡Madre amorosa! ¡Mi niña! ¿Qué tiene mi niña?

LOLA.—(*Saliendo del cuarto, despavorida*). ¡El abuelo!

CARMEN.—¡Ay, mi padrito de mi alma!

LOLA.—¡Espere, madre; no entre ahora, por Dios! ¡Espere!

CARMEN.—¡Confesión, confesión!

MATÍAS.—¡Callen, condenadas mujeres, ordinarias, gritonas! Bajo, muy bajo, que va a enterarse la vecindad. Ven acá, Lola, ¿qué pasa?

LOLA.—Entré... a llevarle el café al abuelo... Todo estaba oscuro... Le llamo... No me contesta... Me figuré que estaba dormido... Le tiro por una mano... ¡Ay, que la tenía yelada como el granizo...! ¡Ay, que está muertito, créame, señor padre; créame, señora madre!

CARMEN.—¡Muerto sin confesión!

MATÍAS.—¡Quietos todos! Nadie resuelle... Vista hace fe... Yo les diré a ustedes lo que pasa... Mucho silencio...

(*Enciende una cerilla y entra en el cuarto del abuelo. Silencio medroso. Al cabo de un instante sale. Las dos mujeres e Isidro le rodean, ansiosos*).

MUJERES E ISIDRO.—¿Qué hay? ¿Qué ha pasado? ¿Qué tiene el viejo?

MATÍAS.—Bajito, caramba, bajito. Pues... nada... no tiene compostura... Se fue con Dios.



CARMEN Y LOLA.—(*Llorando a gritos*). ¡Ay mi padrino!
¡Ay mi abuelito de mi alma y de mi corazón!!

MATÍAS.—¡Silencio, escandalosas, ordinarias, mal criadas...!
Van a despertar a toda la vecindad. (*Brutalmente*).
¡Silencio, rayo!

ISIDRO.—Matías habla bien. Más que lágrimas y suspiros,
aprovechará al difunto un padre nuestro por el ánima.

MATÍAS.—Eso es. Rica idea. Vayan, mis niñas, vayan a
rezar un padrenuestro por el ánima... Adentro, no
tengan miedo. Yo dejé encendida la vela... Adentro,
adentro. (*Entran las dos mujeres en el cuarto del
abuelo*).

SUÁREZ.—(*Muy atento*). Yo, por servirles podría ir por el
cura.

MATÍAS.—Usted ajunta las caballerías y se marcha volan-
do pa la cuadra, ¿sabe? Y si yo llego a saber que
el señor Suárez le cuenta a alguna persona, quien
quiera que sea, lo que aquí ha pasado, es a saber,
que el tío Alejo ha fallecido, usted me conoce, se-
ñor Suárez, usted conoce a Matías Sosa, el del Sabi-
nal, pues le juro por la salvación de mi ánima que
donde quiera que le coja le parto el espinazo.

SUÁREZ.—¡Cuidado con eso, señor don Matías; cuidado
con eso! Usted no me conoce. Por el rigor yo no voy
a ninguna parte. Por el bien, un niño me lleva por
delante con una caña... Ya sé que usted me lo pide
con política, con muchísima política. Por eso yo le
digo al señor Sosa que Fortunato Suárez no despe-
gará la boca para mentar al señor Alejo; y si le pre-
guntan que si ha muerto, dirá que es vivo... Usted
no me conoce, señor don Matías. Por el rigor, yo...

MATÍAS.—Bueno, hombre, bueno. Andando.
(*Sale Suárez*).

ISIDRO.—¿Has visto qué fatalidad? Es tontería empeñarse,
desengáñate. No hay más remedio que bajar la ca-
beza y conformarse con la desgracia.

MATÍAS.—No me vengas con gallinerías. ¡La desgracia!
¿Qué mayor desgracia que ser un gandul, sin cora-
je ni voluntad?

ISIDRO.--¿Pero qué quieres hacer, hermano Matías? Con un cadáver dentro de la casa, ¿cómo es posible abrir el establecimiento? Quedaríamos sin dignidad, deshonrados, como el otro que dice, a los ojos del público.

MATÍAS.—Entonces, ¿te conformas con perder el día de hoy, la ocasión de la feria, la venta segura, el precio que nos dé la gana, sin competencia?

ISIDRO.—¡Hay un cadáver dentro de la casa, señor!

MATÍAS.—¡Y de aquí a ocho días habrá dos, porque cadáveres, cuerpos putrefactos, comidos de cuervos, son los hombres arruinados, sin una peseta, a quien todo el mundo da con la punta del pie!

ISIDRO.—Pero hay que cumplir con la sociedad, hermano; hay que hacer el duelo.

MATÍAS.—¿Y quién te dice que no se haga? Pero se hará a su tiempo; por ejemplo, a las dos de la tarde, cuando hayamos concluido nuestras operaciones.

ISIDRO.—Pero el cadáver, hermano Matías. ¿No sabes que la gente está acostumbrada a ver todos los días al viejo, sentadito junto a aquella ventana? Si hoy publicamos que no sale por estar malo, los vecinos querrán entrar a acompañarle, a darle un rato de conversación. Y si entran, hermano Matías, excuso decirte; si entran y le ven tendido como un leño en aquella cama y nosotros tan frescos despachando detrás del mostrador, excuso decirte, hermano Matías, cómo quedaremos. Quedaremos como un trapo, como...

MATÍAS.—Así sería si no vieran al viejo; pero como le verán, hermano Isidro, como le verán sentado allí, junto a la ventana, como todos los días.

ISIDRO.—¿Qué dices, hermano Matías? ¿En qué piensas, por Dios vivo?

MATÍAS.—¿Te has figurado que Matías Sosa, este hermano tuyo que anoche mismo le ha visto dos veces la cara a la muerte en el paso de La Plata, va a retroceder ahora por estúpidas consideraciones a un cuerpo sin vida, a un pedazo de palo, cuando se trata del pan de sus ocho hijos? Tú no me conoces. Mirame bien, hermano Isidro. Yo no soy un hombre, soy una fiera capaz de derramar la sangre del prójimo y la mía.

ISIDRO.—Sosiégate, hermano, no te acalores, no te precipites.

MATÍAS.—Acabemos de una vez. Dentro de poco saldrá el sol y empezarán los repiques... Ya se siente el rebullicio de la gente en la plaza. ¡Qué feria vamos a tener! Haremos doscientos pesos, trescientos quizá, rescataremos el pagaré, nos salvaremos de Carranza y de la curia. ¡Ánimo, hermano Isidro! Entre los dos cargaremos al viejo y le pondremos, allí, vuelto de espaldas en aquel sillón.

ISIDRO.—¡Jesús mío!

MATÍAS.—Al verle tranquilo, envuelto en su capa, la gente se figurará que está dormido.

ISIDRO.—Las manos me tiemblan, hermano Matías. Las gotas de sudor me caen de la frente... ¿Ves? Yo no sirvo para estas cosas.

MATÍAS.—¡Miserable gallina! ¡Quita! Lo haré yo solo.

ISIDRO.—No, no, espera, yo te ayudaré. El Señor me perdone... Pero escucha... ¿y Carmen? ¿Te figuras tú que Carmen consentirá que le toquen el cuerpo sagrado de su padre?

MATÍAS.—¿Quién lleva los pantalones, ella o tú?

ISIDRO.—Pero señor, de todos modos hay que contar con ella, como principal interesada que es en el cadáver.

MATÍAS.—Conforme. Pero, ¡vivo, vivo! Mucho tiempo hemos perdido ya.

(Isidro, desde la puerta de la alcoba, llama a su mujer. Salen madre e hija. Diálogo en voz baja entre Isidro y Carmen. Protestas y gestos de horror de ella: exclamaciones sofocadas).

CARMEN.—*(Rompiendo a gritar)*. ¡Jesús me valga! ¡Mí padre, los restos sacratísimos de mi padre! ¿Estás en tu juicio?

ISIDRO.—Espera, mujer, no te sofoques. Si no se trata de perjudicarlo en nada... La cuestión es tenerle de cuerpo presente, como el otro que dice, un par de horas... ¿A él qué le importa? Más bien se alegrará de hacernos un favor.

CARMEN.—Eso no es cosa tuya. Tú no eres capaz de eso. La ocurrencia debe ser de tu hermano Matías, que nunca ha creído en el ánima, ni en la justicia de nuestro Padre celestial.

MATÍAS.—Sí, señora; la ocurrencia es mía, y como yo lo mando no hay más remedio que obedecer.

CARMEN.—Pues te equivocas. Primero me matan que dejarte manipular el santísimo difunto.

MATÍAS.—Pero, condenada mujer, ¿no comprendes que ese cuerpo ya no sirve para nada, que es como un pedrusco, como un pedazo de palo?

ISIDRO.—Eso, un pedazo de palo, que ni siente ni padece. Lo mismo que yo te decía, mujer.

MATÍAS.—¿Prefieres, mujer estúpida, verte arrastrada por esos suelos, echada de esta casa por el granuja de Carranza, que te rematen hasta la camisa y andar errante por esos campos con un palo y unas alforjas, pidiendo limosna, pasando hambres y vergüenzas?

ISIDRO.—Espera, hermano Matías. No la sofoques. Ya verás cómo acaba por comprender la razón.

CARMEN.—¿Y el pecado? ¿Tú no cuentas con el pecado grandísimo que vamos a echar sobre nuestra conciencia?

MATÍAS.—Ea, bastante tiempo hemos aguantado tus majaderías. Se me acabó la paciencia. ¡Sus! ¡Largo de aquí!

CARMEN.—¡Hermano Matías, por caridad divina!

MATÍAS.—¡Largo de aquí!

(Carmen sube lentamente la escalera. La chiquilla la sigue, sollozando. Matías, desde abajo, les impone silencio).

CARMEN.—¡Ay, Redentor mío! ¡Ay, Madre amorosa, qué dolor tan agudo!

LOLA.—¡Hi, hi!

MATÍAS.—¡Cállense, cállense!

CARMEN.—¡Ay, qué corona de espinas! ¡Ay, qué hiel y vinagret! ¡Ay, qué callejón de la Amargura!

LOLA.—¡Hi, hi, hi!

MATÍAS.—¡¡Cállense!!

CARMEN.—¡Ay mi padre, ay mi padrino! ¡Un alma tan buena, tan devota de la Santísima Virgen y del glorioso patriarca San José!

LOLA.—¡Hi, hi, hi!

MATÍAS.—¡¡Cállense!!

(El llanto de las mujeres se aleja. Ya no se oye).

Ea, ya estamos libres. ¡Jinojo, vaya unos trabajos! ¡Triste cosa tener que ganar las miserables perras

con el sudor del cuerpo y las amarguras del alma!
 En fin, ¿qué es eso? ¿Qué te pasa? Estás temblando...

ISIDRO.—No lo puedo remediar. El corazón se me encoge cuando pienso que lo tengo que tocar con mis manos. ¡Ay, hermano Matías, qué paso tan fuerte!

MATÍAS.—¿Conque le tienes miedo a los muertos?

ISIDRO.—No lo puedo remediar.

MATÍAS.—¡Idiota! ¿Tú crees que los muertos viven?

ISIDRO.—¿Qué sé yo?

MATÍAS.—Pues si viven, no están muertos. Entendámonos. Una cosa u otra. De modo que tú... ¿te quedas en tierra?

ISIDRO.—*(Casi llorando)*. No puedo, hermano Matías, no puedo, los brazos se me parten.

MATÍAS.—Quita, hombre, quita; da vergüenza... ¡Iré yo solo! ¡No necesito de tí! ¡No necesito de nadie!

(Entra solo en el cuarto del abuelo. Al salir, marcha pesadamente, con la cabeza erguida, jadeante, llevando en brazos el cadáver, envuelto en una capa).

MATÍAS.—¡Vivo, hombre, vivo! ¡Pon el sillón de espaldas a la puerta...! Así... ¡Ea, ya está!

(El cadáver queda sentado en el sillón, de espaldas al público; sólo se ve la cabeza blanca, apoyada en el respaldo. Matías se deja caer sobre un fardo. Respira con trabajo).

ISIDRO.—¿Qué tienes, hermano Matías?

MATÍAS.—¡Qué he de tener! ¿Te parece poco todo esto?

ISIDRO.—Tienes razón. Tú eres muy fuerte, pero no cres de hierro. Debes estar rendido. ¿Quieres tumbarte un ratito en mi cama? ¿Vamos arriba?

MATÍAS.—¿Dormir yo ahora, cuando va a empezar la batalla? Esta noche dormiré, si puedo. ¿Sabes lo que me pide el cuerpo? ¡Ron! ¡Venga ron! Échate una copa, que bien la necesitas. Tienes la misma color que el difunto... ¡Buen par de gallinas estamos!

(Beben. Pasa algún tiempo).

ISIDRO.—¿Oyes? ¡La señal...!

MATÍAS.—¿La señal? ¿No serán tus oídos?

ISIDRO.—No sé; me pareció oír muy claro el golpe del esquilón.

MATÍAS.—¡Espera, espera un poco...!
(Ambos atienden. Golpes débiles, agudos, espaciados del esquilón).

ISIDRO.—¡Sí, es él! ¡La señal! ¡Ahora la campana...! ¡Benditos repiques, que alegran y refrescan el alma!

(Los golpes de la campana, lentos y acompasados al principio, se precipitan luego, se confunden en resonante algarabía. Estallido de cohetes).

MATÍAS.—¡Te acabaste al fin, noche de perros, maldecida noche de horror y pesadilla! ¡Ya no tengo miedo! ¡El padre sol está ahí fuera, llamando a la puerta, metiendo por las rendijas monedas de cinco duros! ¡A la obra, hermano Isidro! ¡Abre el portón de par en par, que entre el padre sol! ¡Que entre todo el mundo!

(Isidro abre el portón. Penetra en la tienda, con el sol del amanecer, una oleada de gente; hombres que vociferan y cantan, mujeres que ríen, chiquillos que tocan trompetillas y tambores).

MATÍAS.—*(Frenético, medio borracho, golpeando con una pesa el mostrador).* ¡Adelante, señores míos! ¡Vengan todos a honrar la casa de Matías Sosa, la primera tienda de la villa del Sabinall! ¡Aquí encontrarán toda clase de artículos, nacionales y extranjeros, de todas las partes del universo mundo; comestibles y bebidas, lanas y sederías, pañuelos y mantones, quincalla y perfumería! ¡Alto! ¡Esperen un poco! ¡La religión siempre por delante! Caballeros, digan todos conmigo: ¡¡¡Viva nuestro Patrono San Sebastián!!!

EL GENTÍO.—¡¡¡Viva!!!

(Isidro se acerca tímidamente al mostrador, protestando con el gesto contra el escándalo).

MATÍAS.—Sí, sí, por Dios; tienes razón; ya no me acordaba... *(Vociferando).* ¡Vean ustedes si en esta familia hay honradez, si hay... caridad! ¡¡¡Si hay cristianismo!!! ¡Mientras los hijos se desloman trabajando, el viejo duerme tranquilamente en un sillón!

(Voces en el público, unas que preguntan, otras que contestan).

—¿Está dormido?

—Sí, está dormido.

—Dormido... dormido... dormido...

(Las voces, los cantos se atenúan, degeneran en murmullo, que poco a poco se apaga... El silencio se extiende, se prolonga indefinidamente...)

LUIS Y AGUSTÍN MILLARES CUBAS